

# Peronismo

● José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

**114** La violencia ocupa el centro de la escena



## EL “DECANO DE LA PRENSA CHILENA” Y EL GOLPE DE PINOCHET

Se le dijo el *pinochetazo*. Ese general que se saca esa fotografía de frente, la jeta alzada, los bigotes y los anteojos negros, es la perfecta imagen del carnicero latinoamericano. Bombardean el Palacio La Moneda. Matan a Salvador Allende y salen a “cazar zurdos”. Luego, para interrogarlos, para torturarlos, los amontonan en el Estadio Nacional. El clima previo había sido laboriosamente trabajado. Huelgas pagadas por los empresarios, desabastecimiento, devaluación de la moneda, el constante deterioro que los grandes diarios de la derecha chilena (no hay en Chile, hoy, un diario de izquierda) ejercen sobre el gobierno por medio de una prédica obsesiva que no trastrueca la verdad sino que la inventa, que, sin más, si hay que mentir, miente, y una población de clase media y alta que sale enfurecida a cacerolear. Analicemos —porque es de gran utilidad hacerlo— el papel jugado por *El Mercurio*, diario al que llaman el decano de la prensa chilena. *(Nota: La noche del cacerolazo* contra De la Rúa, lo llamé a mi gran amigo Salvador Sammaritano —que no sólo era un gran cinéfilo, sino también un gran musicólogo: un amigo ideal para mí, compañero de charlas interminables desde Eisenstein a Gershwin, desde Truffaut a John Ford, desde Chopin hasta Shostakovich— y lo invité a salir a acompañar a la gente que se iba para la Plaza de Mayo. El Negro se negó. Y dijo: “Mirá, pibe, yo, a las cacerolas les tengo alergia. Las cacerolas lo voltearon a Allende. Son reaccionarias”. Tal vez le dije que esa noche estaban cumpliendo otra función por-que recuerdo escucharle decir: “No tienen otra función. Las inventaron las conchetas chilenas y siempre van a estar al servicio de la derecha”. Era sabio el Negro. No sé dónde estará ahora. Pero seguro que si le ofrecieron el arpa no pidió reemplazarla por la cacerola.) Nos basamos en un notable documental de Ignacio Torres y Fernando Villagrán, *El diario de Agustín*. Los miembros de la familia Edwards, que han estado sucesivamente al mando del diario, se han dado todos el nombre de “Agustín”. *El Mercurio* influyó poderosamente en el desarrollo de la vida chilena. También ocupa un lugar destacado en la cultura argentina. El 2 de mayo de 1845 aparecen en *El Progreso* de Chile las primeras entregas del *Facundo* sarmientino. Tres meses después *El Mercurio* adquiere los derechos y es en sus páginas donde se continúa la obra maestra de las letras argentinas *(Nota: Ver: Allison Williams Buckley, Vida de Sarmiento*, Eudeba, Buenos Aires, 1966, pp. 179/180). Es el diario del poder. El diario de las clases altas. El diario de los terratenientes y de los grandes hombres de negocios. Durante la Guerra Fría, por consiguiente, fue el diario del occidentalismo cristiano. En otro documental —que ya mencioné— y que lleva por nombre *Nos juicios de Kissinger* se analiza la omnipresencia del secretario de Estado de Lyndon Johnson, Richard Nixon y Gerald Ford en todos los pasos que tuvo que dar Estados Unidos por su política de Seguridad Nacional. Uno de los más importantes fue desestabilizar al gobierno de Salvador Allende, elegido en elecciones democráticas, que, explícitamente, quería emprender “la vía pacífica y democrática al socialismo”. El general Alexander Haig (a quien tal vez algunos recuerden por su intervención en el affaire “Malvinas” en Argentina) aparece detrás de un enorme, lujoso escritorio y dice: “¿Y qué querían que hiciéramos con Allende? Tírarlo, claro. ¿Otro gobierno marxista en América latina? ¿No!“. Dice “¿No!” extendiendo las manos en un gesto que se juega entre el hartazgo y la agresión. En inglés dice el vulgar, populachero y contundente: “*Come on!*“. El elegido para la tarea de limpiar a Allende es Henry Kissinger, especialista en estas cuestiones. Agustín Edwards viaja a Washington y se entrevista con Nixon y Kissinger para poner todos los medios de *El Mercurio* a disposición de los planes de Estados Unidos que, en ese momento, ya tiene a Chile invadido por agentes de la CIA y el FBI. De todos modos, dice, tirar a Allende requerirá un gran esfuerzo, conque solicita una ayuda monetaria extra para que *El Mercurio* pueda cumplir con su tarea fehacientemente. *Nixon y Kissinger le dan dos millones de dólares.* (Seguirán pasando estas cosas?) En el documental de Torres y Villagrán se lo ve a Edwards junto a los dos titanes del Imperio en amena charla. ¿Para qué se sacarán esas fotos? ¿De qué creerán que piensa uno que hablan? Pero sucede que están convencidos. En la Guerra Fría el terreno de combate era la periferia. Ni EE.UU. ni la URSS tuvieron enfrentamientos directos. Lucharon en zonas adyacentes. En las cuales el enemigo se “infiltraba”. Si los soviéticos entraban con sus tanques en Praga era porque esa “primavera” era el preludio de una fatal penetración capitalista. En Hungría, idéntico. Para los norte-americanos, Allende era, sin más, el marxismo. Para el MIR chileno, el principal movimiento guerrillero, Allende era un reformista, un tibio, alguien casi más dañino que un reaccionario. (Semejaban la torpeza, la falta de matices políticos de las que aquí, en Argentina, hizo gala el ERP.) Pinochet no hizo diferencias entre unos y otros. Los masacró por igual. Antes del golpe, en nuestro país, Carlos Ulanovsky entrevis-

tó al célebre animador televisivo Nicolás Mancera. Quien —un poco inesperadamente— dice que Allende no puede gobernar por los problemas que le traen los grupos armados del marxismo. Esa gente del MIR que no le da sosiego. Ulanovsky, muy sereno, le dice que no comparte esa opinión: “Los que le impiden gobernar a Allende son los grupos de derecha, los sectores empresarios y los grandes diarios ligados al capital internacional”.

Torres y Villagrán, las autoras del documental, son unas jovencitas laboriosas, bonitas y con cara de ángeles que hacen reportajes a personajes siniestros. Entre ellos, el director de *El Mercurio* durante la dictadura de Pinochet. Le preguntan: “¿A usted le pareció bien que luego del golpe Pinochet cerrara todos los diarios menos *El Mercurio*?” El ex director responde: “Pues sí. A cualquiera le gusta que le eliminen la competencia”. El tipo es —sin posibilidad de duda— un tarado completo. Porque además responde sonriente, eufórico y hasta intenta ser seductor con las niñas. De modo que en lugar de decir “no fue un gesto democrático”, cualquier mentira que lo cubra de los tiempos actuales, el zapallo habla como si todavía estuviera Pinochet y dice semejante (sincera) barbaridad: que Pinochet le eliminó la competencia.

La “eliminación” de Pinochet no era la del mercado *(o acaso sea la “eliminación extrema” a que el mercado puede apear)* sino la simple y pura eliminación física de los empleados y dueños de esos diarios. Al director de *El Mercurio* le había venido bien: menos competencia. Al final, como las niñas siguen insistiendo con preguntas relativas a los derechos humanos, el hombre se ofende, se levanta y se va. “Yo también tengo mi orgullo”, deja esa frase. Su salida no es muy airosa porque se da con el micrófono que un sonidista mantenía sobre su cabeza.

Luego aparece un tipo gordo y absolutamente inexpresivo. Fue jefe de la policía secreta chilena y amigo de los dueños de *El Mercurio*. Declara: “Para nosotros, matar comunistas era una necesidad biológica. Necesitábamos matarlos para poder gobernar. Matamos muchos. Pero para mí nos quedamos cortos”. Se ven imágenes de Pinochet y Agustín Edwards por todos lados. En cenas, inauguraciones, desfiles. *El Mercurio* gobierna. De pronto, se lo ve a Pinochet. El Monstruo habla. Dice: “La democracia es el caldo de cultivo al comunismo. Y este gobierno repudia al comunismo”. Frase tristemente célebre para nuestros oídos. Hoy, probablemente, algún Kissinger ya susurre en los oídos de Obama: “La democracia es el caldo de cultivo al populismo. Y nosotros repudiamos al populismo”.

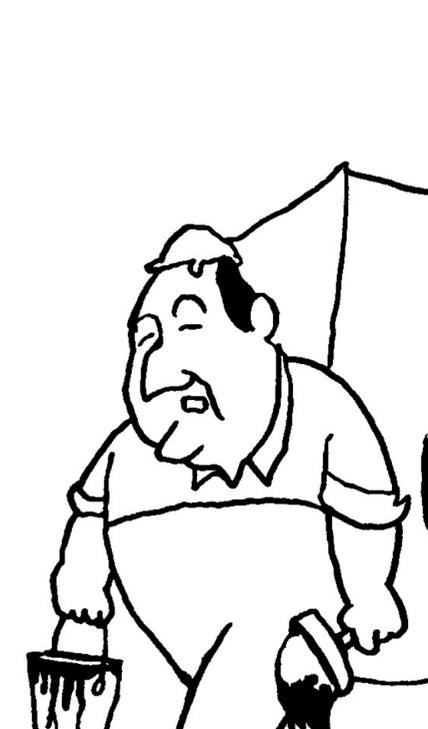
El caso de *El Mercurio* es paradigmático. Es el del periodismo al servicio de los grandes poderes políticos y financieros del país, que están entreverados con la diplomacia norteamericana. Si Kissinger hizo seguir los bombardeos en Vietnam luego de Johnson, si arrasó con Camboya sin declarar la guerra, si en Timor, por considerarlo un enclave peligroso, arrojó impunemente sus bombas, si en Chile derrocó a Salvador Allende y si vino a la Argentina a supervisar el golpe de Videla, se me permitirá creer que, acaso no él porque está muy viejo o ya decididamente viejo, sino un junior, un discípulo aventajado o los organismos que siempre se han dedicado a estas tareas, estén muy interesados en los procesos populistas de América latina. Venezuela en primer lugar, donde la prensa tiene un papel de excepcional agresividad. Bolivia, donde un golpe acaba de fracasar por causa de la primera cumbre *autónoma* de presidentes latinoamericanos. Una cumbre no convocada por la OEA, que funciona como órgano supervisor de Estados Unidos. Y Argentina, donde la presión mediática sobre el Gobierno es más que visible, más que evidente y hasta más que grosera. *El Mercurio* está entre nosotros. ¿Qué intereses defiende? Los de siempre. Los geopolíticos ante todo. O sea, la alineación franca, directa con Estados Unidos. Y luego los de las grandes finanzas y los de los grandes terratenientes. Allende no tenía frente a sí una oposición política importante. Lo tenía a *El Mercurio*. Al que se sumaba una intervención activa de Nixon, Kissinger y Alexander Haig (que hoy tienen sus adecuados reemplazantes, siempre muy atentos). Allende tenía también otro enemigo poderoso. *El Mercurio* le levantó a las conchetas chilenas, que son terribles, bravísimas. Les dio la orden de cacerolear. La cacerola la inventaron los chilenos para echar al “comunista” Allende. Y lo tenía en contra al que llamaba su “amigo”, un hombre que “respeta el orden institucional”. La fiera de Pinochet. El inventor del golpe cruel, inhumano, de los centros clandestinos, de la tortura sistemática.

*El Mercurio* nunca se arrepintió de nada. Muchos periodistas chilenos del pinochetismo pidieron disculpas, se sincraron, declararon no conocer el verdadero horror. Se les puede creer o no. Sin duda no se les *debe* creer. Un periodista tiene el deber de estar informado. Pero, al menos, pidieron perdón. *El Mercurio* sigue impávido. Había que barrer al comunismo y eso se hizo. No hay más que hablar. No sería aconsejable creer que la historia de *El Mercurio* se reduce al caso chileno. Si nos miramos en ese espejo veremos nuestra cara. Con otros matices, sí. Pero con demasiadas semejanzas.

## ALLENDE: “EL GENERAL PINOCHET ES MI AMIGO”

Hemos establecido que no es desaconsejable acudir a la ficción para buscar perspectivas inusuales en nuestros análisis. La ficción tiene el poder de liberarnos de las ataduras de lo comprobable. Ese mandato que se le impone al ensayista: todo lo que digas deberá ser probado por una cita a pie de página. Esa cita explicitará tu fuente. Esa fuente dará validez a tu escritura. Nadie dudará de ti si lo aplastas con mil citas. Acaso logres impresionarlo tanto que desatienda que no le has entregado una sola idea.

Sin embargo, creo que el escritor de ficciones suele documentarse más que el historiador. Al menos, en una primera etapa. Recuerdo una conversación con Andrés Rivera. Hablábamos de su poderosa novela *La revolución es un sueño eterno*. Se sabe: la novela gira en torno de Juan José Castelli y la Revolución de Mayo. Rivera me decía: “Durante un largo tiempo no hice más que leer. Documentarme. Mi escritorio estaba siempre cubierto de libros. Un día, tiré al demonio todos los libros y empecé a escribir”. Ese día se sintió libre. Sus lecturas estaban en él pero ahora era necesario crear, salir de las citas, inventar lo verosímil, lo imposible posible. Lo



que no fue pero debió ser o pudo haber sido y nos entrega un mayor conocimiento, desde las palabras, desde la imaginación, desde el riesgo.

En mi novela *Carter en New York*, Joe Carter le cuenta a un amigo moribundo ciertas modalidades de su oficio. Antes, lo ha observado bien y advierte que el pobre tiene un miedo excesivo, absurdo. “Dan pena los moribundos. Son como esos muñecos pequeños con que juegan los niños. Todo va bien, te diviertes, el muñeco va de un lado hacia otro, pareciera un pícaro, un vivaracho incontentible. Mas, de pronto, se le acaba la cuerda. Sus movimientos expresan una lastimosa lentitud, una torpeza imperdonable, choca contra la pata de una silla, se queda ahí como un idiota, como si buscara vencer lo invencible, que es, para él, la pata de esa silla. Mas no parece advertirlo. Te das cuenta: está muriendo. En un minuto o dos su cuerda llega a su fin y él cae sin dignidad, sin gloria, como un pequeño muñeco de lata, un juguete barato, una mentira. No estaba vivo, sólo le habían dado cuerda” (JPF, *Carter en New York*, Planeta, Buenos Aires, 2009, pp. 103/104. Aclaro que el lenguaje de Joe Carter es el de las traducciones de las novelas pulp que leí en mi infancia. Se supone que él habla y narra en inglés. Decidí recrear ese lenguaje. Salió algo inesperado para mí y una escritura nueva que conseguí seducirme. No sé si a todos.

Pero sí a mi talentosa editora, la novelista Paula Pérez Alonso, a quien dedico esta nueva intromisión de nuestro personaje —porque también le pertenece a Paula: por su entusiasmo, por su apoyo y su alegría de lectura— en mi filosofía política del peronismo, que transita, en estos momentos, por la tragedia de Chile). El amigo que ya se muere le pregunta a Carter cómo sabe tanto de la muerte. Carter le dice que la muerte es su profesión. Que se ocupa de eso. Que es un detective privado como muchos, pero sobre todo un asesino, algo que no le desagrada. Dinero, gana a carradas. Lo llaman del FBI. O de la CIA. Mató a uno que otro demócrata (o seguramente a más, a muchos más) que les hacía el juego a los rojos. Conoce mucho de contrainsurgencia, y no le queda otra salida sino practicarla, le guste o no. Porque el problema —ahora— es el Islam. Pero a los 24 años conoció al senador republicano Alexander Higgins. *(Nota: Se trata, claro, de Alexander Haig.)* El hombre era un genio. Uno de los grandes cerebros que —allá por 1973— liquidó al gobierno socialista de Salvador Allende. Y que —no hacía mucho, entre un trago y otro— le había confesado ciertas cosas. “Sabes, Carter, Allende tenía la beatitud de un arcángel. Mas, ¿qué podía hacer yo? Sólo reconocerlo, pero no evitar mi trabajo por

de un Imperio de asesinos’. ‘Doctor, no nacimos para entendernos. Estamos a punto de dejar de respetarnos. Y si me quedo uno o dos minutos más junto a usted acabaré por hacer el trabajo que en breve harán sus verdugos.’ ‘Parece conocerlos.’ ‘Los hemos entrenado nosotros, doctor.’ ‘¿Quién es el principal cabecilla?’ ‘¿No lo sabe? ¿Ni eso sabe?’ No dijo palabra. Todo estaba tan irrefutablemente tramado que no me importó darle el nombre del general que le había-mos destinado como verdugo. ‘Pinochet.’ ‘¿El general Pinochet?’ se asombró. Y, muy seguro, dijo: ‘El general Pinochet es mi amigo’. ‘Doctor Allende, parto de Chile con una duda: si es usted increíblemente bueno o increíblemente tonto.’ ‘Pues yo lo despidió con una certeza: usted es un perro, una escoria humana que insulta la esencia del hombre.’ ‘Lamento desilusionarlo, doctor: pero a esa esencia, de nosotros dos, la encarno yo más que usted. Le dejo una enseñanza antes de irme: usted, como comunista, cree que esa esencia es buena y bastará que ella triunfe para que los hombres sean libres. Nosotros creemos que es mala. Que es egoísta y sólo el dinero lo importa. Por eso los matamos y los seguiremos matando y les ganaremos todas las guerras. Piénselo.’ Miré mi reloj. Dijé: ‘Aún le quedan 7 horas y 37 minutos para hacer-



lo’. Subí a mi avión y partí” (*Carter en New York*, ed. cit. pp. 105/106/107).

#### LOS EXILIADOS CHILENOS

Al día siguiente, el golpe sumía a Chile en la hoguera. Allende, acorralado, ya con los carabineros sobre él, se suicida. El Estadio Nacional se llena de torturadores y víctimas. Cientos de chilenos se refugian en la Argentina. ¿Qué suerte corrieron? Llegan al país cuando aún falta un mes para que Perón asuma la presidencia. Pero —para Perón— asumir era una formalidad lujosa, estridente. El era el líder, el conductor. De modo que las medidas que se toman con los refugiados chilenos sería absurdo achacárselas al “gobierno de Lastiri”, que era una pura ficción, un simple movimiento de fichas en el desplazamiento de Cámpora y —muy especialmente— del *camporismo*, ese gobierno de “zurdos”. Con el Tío y con un ministro del Interior como Righi a los pobres chilenos les habría sido todo más fácil, más “latinoamericanista”. En fin, para decirlo claro: *más humanitario*. Pero —en septiembre de 1973— en Argentina ya gobernaban los amigos de Pinochet. Los que también estaban dispuestos a frenar al comunismo a cualquier costo.

Llega a Ezeiza un grupo de 112 chilenos y pide asilo. Escribe Sergio Bufano: “Inmediatamente fueron rodeados

por la policía y se les impidió salir del hotel, quedando *en calidad de detenidos*. Los refugiados recurrieron en primer lugar al presidente Lastiri y ante la falta de respuesta solicitaron a Perón mediante una carta —en su calidad de presidente electo— que les concediera asilo. El silencio fue la única respuesta de Perón.

“Los detenidos solicitaron entonces a la Justicia que se expidiera y el juez Miguel Inchausti hizo lugar a un recurso de amparo y ordenó su inmediata libertad, pero el gobierno justicialista no acató la orden judicial y dio plazo de 24 horas a los chilenos para que se fueran del país” (Sergio Bufano, “Perón y la Triple A”, revista *Lucha Armada*, N° 3, p. 25. Cursivas mías). Los chilenos no lo habrán podido creer. ¿No era Perón un líder latinoamericano de las causas populares? ¿No había dicho Perón —cuando murió el Che— “murió el mejor de los nuestros”? Sigue Bufano: “Peor situación fue la de 374 chilenos que se refugiaron en la Embajada argentina en Santiago. Hacinados y con el salvoconducto de la dictadura listo para viajar a la Argentina, no fueron autorizados a hacerlo por el gobierno, a pesar de las denuncias realizadas por diputados y diplomáticos argentinos.

“El 1º de noviembre el diario italiano *Domenica dell’Corriere* publicó una entrevista a Perón, ya Presidente, para interrogarlo sobre si otorgaría asilo político a los refugiados chilenos. ‘Por supuesto —respondió—, (obraremos) de acuerdo con el derecho internacional. Pero también es cierto que serán confinados en Misiones, en el norte y en medio de la selva’ (Bufano, *ob. cit.*, p. 25). Sí, era el mismo Perón que el 24 de octubre de 1967 envía al Movimiento Peronista una carta sensible, adolorida, sobre la muerte de Ernesto Guevara en la Escuela de la Higuera, Bolivia. El mismo que había escrito: “Con profundo dolor he recibido la noticia de una irreparable pérdida para la causa de los pueblos que luchan por su liberación, Quienes hemos abrazado este ideal, nos sentimos hermanados con (...) todos los que con valentía y decisión enfrentan la voracidad insaciable del imperialismo, que con la complicidad de las oligarquías apátridas apuntaladas por militares íteres del pentágono mantienen a los pueblos oprimidos” (Baschetti, *Documentos de la Resistencia Peronista*, 1955-1970, ed. cit., p. 510). El mismo que había calificado a Guevara como “la figura joven más extraordinaria que ha dado la revolución en Latinoamérica (...) Su muerte me desgarra el alma porque era uno de los nuestros, quizás el mejor” (Baschetti, *Ibid.*, p. 510). Pero no vamos a usar este texto sólo para exhibir el cambio espectacular entre el Perón de la lucha desde el exilio con el que retorna al gobierno en 1973. ¿Hay —incluso en este texto de 1967 sobre el Che— algo que prenuncie al Perón del ’73? Cómo no: lo hay. Refiriéndose siempre al comandante Guevara: “No faltarán quienes pretendan empalidecer su figura (...) Ya me han llegado noticias de que el Partido Comunista Argentino, solapadamente, está en campaña de desprestigio. No nos debe sorprender ya que siempre se ha caracterizado por marchar a contramano del proceso histórico nacional. Siempre ha estado en contra de los movimientos nacionales y populares. De eso podemos dar fe los peronistas (...) Las revoluciones socialistas se tienen que realizar: que cada uno haga la suya, no importa el sello que ella tenga” (Baschetti, *ob. cit.*, p. 511). Se trata de un texto riquísimo. *Primero*: Murió “el mejor de nosotros”. Habrá que ver quiénes somos *nosotros*. *Segundo*: Han surgido ya quienes quieren “empalidecer su figura”. *Tercero*: Son los comunistas. Su característica: marchan a contramano del proceso histórico nacional. *Cuarto*: Siempre los comunistas han estado contra el peronismo. Porque siempre han estado en contra de los movimientos nacionales y populares. *Quinto*: Hay que *realizar* las revoluciones socialistas. *Sexto*: Cada uno tiene que *hacer la suya*. Que tendrá, inevitablemente, un sello propio. No importa cuál sea.

## LA INFINITA COMPLEJIDAD DE LA TRAMA HISTORICA

Perón olvida que para Ernesto Guevara y Fidel Castro y Salvador Allende no existen las *revoluciones socialistas*. Existe la revolución socialista. Que si bien adopta algunas particularidades de los países en que se realiza tiene elementos insoslayables, fundamentales. Sin ellas, esas revoluciones no son socialistas. Perón, como militar nacionalista, no acepta este componente universal. Exalta, como todo nacionalista, lo particular, lo distintivo de una nación. Olvida —al decir que Guevara es uno de los suyos— que para el Che la revolución socialista era esencialmente una. Su modelo en América latina era Cuba y ese modelo podía y debía realizarse en los restantes pueblos. Para el Che habría sido inaceptable y peligroso admitir que cada pueblo tenía que hacer “su” revolución socialista. Tampoco Marx habría aceptado eso. Es un juego dialéctico entre el universal socialista y el particular nacional y popular. Además, el rechazo al comunismo implica —en 1967— un rechazo a la política exterior de la Revolución Cubana, ya que Castro mantiene excelentes relaciones con la URSS. Que, es cierto, el Che rechaza. Pero no por

anticomunista sino porque le pide a la URSS que sea más comunista. Lo que en el Che es un rechazo a la burocracia soviética, pero jamás al comunismo, en Perón es un rechazo al comunismo. “Enemigo del peronismo”. Por decirlo así: el peronismo es la nación. El comunismo no. El comunismo es la sinarquía. El peronismo no es internacionalista. No hay un socialismo. Para Marx, Castro, el Che y Allende el socialismo es uno. Allende introduce la novedad del socialismo “democrático y pacífico”. Elimina la etapa de la dictadura del proletariado (que Marx considera su más grande aporte a la historia de las ideas, gravísimo error de su parte). Pero —como sea— para todos ellos el socialismo es la toma del poder por la clase obrera, la expropiación de las clases dominantes, la reforma agraria y el reemplazo del sistema de producción capitalista. Para Perón, la revolución nacional y popular se agota en la lucha antiimperialista. Pero siempre marcará que hay *dos imperialismos*: el yanqui y el soviético. Esto le permitirá ser un líder popular anticomunista. Podríamos concluir —simplificando pero acaso aclarando— que durante su primer gobierno, sobre todo mientras Evita está a su lado, es el líder popular el que actúa, el que hace toda la formidable obra social que siempre la historia le reconocerá. Pero en el tercer gobierno —1973/1974— aflora con inusitada furia el líder anticomunista. Lo que no deja de tener su explicación. Perón perdió el control de sí mismo en su lucha contra la juventud peronista. Esa pérdida de control determinó que —ante un rival que se definía como socialista y ejercía la lucha armada— surgiera lo peor de sí: el milico, el hombre de orden, el nacionalista, el anticomunista beligerante. Y será —como no habría podido ser de otro modo— este *anticomunista beligerante* el que llevará la violencia al centro de la escena. Volveremos sobre esto. Hacemos aquí una totalización primaria, una totalización en curso.

Quisiera aclarar que lo que acaba de leerse juega a favor de la figura de Perón, de la posible —siempre difícil— comprensión de su figura histórica. Porque lo primero que surge cuando se compara su actitud con los comunistas chilenos que llegan exiliados a nuestro país y su carta sobre el Comandante Guevara de 1967 es una encendida indignación. Y más de uno estará creyendo que hemos buscado eso. Todo lo contrario. Perón mentía mucho menos de lo que suele creerse. Tenía la habilidad de manejarse con un encuadre filosófico-político amplio, como tantas veces lo dijo. Pero siempre aparece lo que él es: un militar, un defensor del orden (de ese orden que todo militar está creado para respetar: la disciplina en todas sus formas), un nacionalista, un agente del bienestar del pueblo, de sus organizaciones sindicales y un profundo, convencido anticomunista. Porque Perón no quiere “reemplazar” el sistema de producción capitalista. No quiere “tomar el poder”. El “poder” es el Estado. Y si en el Estado está él, en el Estado está el pueblo. El pueblo no tiene que “tomar” el poder. Eso lleva al triunfo de los burócratas y al Estado colectivista, ateo, que anula al individuo. El Estado peronista le da al obrero lo que éste necesita. El Estado peronista es él, es Perón. Es en esa forma que el pueblo tiene el poder. Lo tiene si lo tiene Perón. Porque Perón es el pueblo, el primer trabajador. La tarea del pueblo será siempre defender a Perón. Los límites de esa defensa también los fijará Perón. Y son los siguientes: el pueblo deberá defender a Perón exactamente hasta ese punto en que el sistema —al cual Perón también y hasta en mayor medida representa— corra el riesgo de quebrarse. Sobre todo si ese riesgo proviene de un desborde de las masas. Ya que si las masas —por su energía y su potencia en defender a Perón— se encuentran a las puertas de ir más allá de Perón, aquí el líder las frenará. Jamás correrá este riesgo. Este es también el más profundo motivo de su huida en 1955. Nada le aseguraba al líder nacional-popular que si se decidía por el combate no corriera el riesgo de —al no tener más remedio

que convocar a las masas— ser superado por ellas. Un militar de orden no desata una guerra civil que puede terminar con un levantamiento insurreccional incontrolable.

La *ficción* a partir de la que trabajó la militancia juvenil y que Perón alimentó (sin dejar jamás de traslucir su verdadera cara, con mayor o menor grado de veladuras) fue que el líder nacionalista y popular de los lejanos años ‘50 había evolucionado (como el mundo todo: ¿o no se marchaba necesariamente en esa dirección?) hacia el socialismo. Sin embargo, ya hemos señalado que en el film de Solanas y Getino, el viejo general repite esencialmente los conceptos de *Conducción Política*. Incluso en las definiciones que da de las nuevas formas doctrinarias que entrega a los jóvenes: socialismo nacional, trasvasamiento y actualización doctrinaria. De las tres consignas la más mentirosa es la de la actualización doctrinaria, de aquí que sea la primera y central que Perón baja en el discurso del 21 de junio. En cuanto al socialismo nacional, resulta claro qué decidió hacer en 1973: *eliminó el socialismo y mantuvo lo nacional*. Lo nacional se opone a lo internacional. Lo internacional es el marxismo. Llegó la hora de destruirlo en nombre de la Nación. Esta sola y hasta sutil variación conceptual transformó a la juventud maravillosa en la juventud cuestionada, infiltrada, apátrida, imberbe, mercenaria y marxista a la que decidió arrojarle el tenebroso lumpenaje asesino de la Triple A.

Sin embargo, la cuestión es más compleja. Es tan compleja que quiero aclarar que lo que yo expongo *no es ni pretendo* que sea la verdad. Que no creo que se pueda establecer nunca una verdad sobre estos hechos. Que —por otra parte— establecer *una* verdad sería cosificarlos. Hay que dejarlos vivir. El que pretenda tener la verdad se quedará ahí para siempre: cosificado en ella. (Algunos lo necesitan: creer en *una* verdad es un anclaje seguro. Las personas necesitan anclajes. Necesitan valores firmes. Creencias. Toda creencia es un lago en el alma. Un lugar quieto, calmo. Una certeza a la que aferrarse. Una identidad. Nadie quiere revisar su identidad. Si están cómodos con lo que son querrán seguir siendo eso para siempre. Por ejemplo, peronistas. Aunque ya no sepan qué es *ser* peronistas. O les quede apenas una vaga idea. No importa. Es mejor que nada. “No jodan con Perón”.) Ya estudiaremos el juego de verdades que se dio en el año 1973. Fueron muchas. Decir cuál fue la verdad de todas las verdades será imposible. Suele ocurrir que por cada cosa que uno afirma aparece alguien con un documento desde el que pretende negarla. O uno encuentra en otro autor otra posición que —a menudo— está correctamente fundamentada. O encuentra que está usando materiales que también utiliza —distorsionándolos— uno de esos periodistas que pretenden ser historiadores y tienen la profundidad de análisis de una pileta *Pelopincho*. Que Sergio Bufano —que escribe con dolor cosas que habría preferido no escribir— es utilizado por Gambini para apoyar el mismo asunto de la lesa humanidad que se busca instrumentar desde *Operación Traviata*, tal como vimos. Entonces, ¿qué hay que hacer? ¿Decirle a Bufano que se calle porque “le hace el juego al enemigo”? Eso, a cada rato, me lo dicen a mí. Pero la cuestión, más allá del “enemigo”, es la honestidad, decir lo que uno cree y decirlo con todos los fundamentos, con todas las fuentes que se puedan manejar. Y también con la experiencia y la hondura y la penetración laboriosa para el estudio filosófico-político de procesos de alta complejidad. Por más que se me muestre la correspondencia entre Perón y el general legista de Allende —Carlos Prats— no creo que Perón haya estimado a don Salvador. De lo contrario, los exiliados chilenos no habrían sido tratados como perros. O Perón no se hubiera encontrado con Pinochet. No me quedan dudas que el anticomunismo le jugó fuerte en sus decisiones. Por otra parte, si bien escribí: “Perón perdió el control de sí mismo en su lucha contra la juventud peronista. Esa pérdida de control determinó que —ante un rival que se

definía como socialista y ejercía la lucha armada— surgiera lo peor de sí: el milico, el hombre de orden, el nacionalista, el anticomunista beligerante. Y será —como no habría podido ser de otro modo— este *anticomunista beligerante* el que llevará la violencia al centro de la escena”. Este párrafo tiene un error: La violencia ya estaba en el centro de la escena. Perón vuelve a afirmarla en ese lugar cuando hace redactar el *Documento Reservado*. Pero este temible documento surge a raíz de un hecho intolerable. Para Perón y para el país: el asesinato de Rucci. Pocos *acontecimientos* han perjudicado tanto a la política y la civilidad en la Argentina. No sé quién mató a Rucci. Sé que los Montoneros asumieron ese crimen. Eso lo sabemos todos. Si lo asumieron, fueron ellos. Así lo interpretó Perón. Impulsa entonces el *Documento Reservado*. Tenemos —necesariamente— que ponernos en su lugar. Si bien pierde el control ante la juventud peronista —es decir, ante los Montoneros, porque sabe que es esta organización la que maneja los hilos y tiene las armas— no es menos cierto que la Tendencia hizo todo lo posible para que lo perdiera, para que ya no tuviera más paciencia. La conducción de Montoneros —y Perón lo sabía muy bien—, antes que hacer política, deliraba y, si había asesinado a Rucci, no tenía nada en la cabeza, de política entendía menos y estaba contra el país. ¡Más del 62% de los votos! En algunas provincias se llega al 70%. ¿Quiénes suponían que habían elegido a Perón? ¿Los gorilas o “el pueblo peronista”? Señores, no hablen más del “pueblo peronista” si actúan en contra de lo que elige. Nunca se ha visto un dislate mayor: una Orga armada que dice representar a un pueblo y hace lo contrario de lo que ese pueblo, claramente, en elecciones libres, elige. Perón dijo: “Me cortaron las piernas”. Dijo más, dijo algo más íntimo, se le podrá creer o no, pero fueron las palabras que salieron de su boca: “Perdí a un hijo”. Claro: perdió al hijo que necesitaba para gobernar. El asesinato de Rucci (¡a sólo dos días del pronunciamiento popular!) arruinó la posibilidad de un país en paz, democracia y desarrollo económico. Porque —alguien *fundamental* a quien aún no mencionamos— estaba con Perón y con Rucci en la conducción del país: José Ber Gelbard. ¡Un judío comunista! ¿Cómo? ¿Perón no era nazi? Pone a un judío en el Ministerio de Economía. ¿Cómo? ¿Perón no era anticomunista? Pone a un comunista de excelentes relaciones con la Unión Soviética. *Sin el asesinato de Rucci todo habría sido distinto*. Me atrevo a decir esto por algo tan sensato como esencial: *Perón habría vivido más*. ¿Cuánto tiempo de vida le quitó un golpe como éste? No hay perdón para los asesinos de Rucci. Se asesinó la esperanza de miles de personas. Toda la militancia peronista estaba satisfecha con el triunfo electoral. El trabajo de masas no se hace en medio de las balas y los cadáveres. Y los militantes querían el trabajo de masas y no los fierros. El *Pacto Social* no era malo. La *Ley de Contrato de Trabajo* que impulsaba Rucci en respaldo de Perón... léanla hoy. Es revolucionaria. Lo digo como lo decimos con los amigos durante los tiempos que han corrido, a la luz de los acontecimientos. Rucci era Lenin al lado de lo que Ubaldini y la CGT de los ‘90 aceptaron de Menem. Entonces, ¿cómo no iba a perder Perón el control? El *Pacto Social* —la trinidad Perón, Gelbard, Rucci— habría frenado a López Rega. ¿Entonces? Aun si no fueron los Montoneros los matarifes del líder de la CGT, ¿cómo se les ocurre asumir algo así? ¿Qué tenían en la cabeza? Vaya uno a saber. Esa muerte no les convenía en absoluto. De aquí que me incline por otras posibilidades en tanto reales, objetivas. Siempre sospecho de López Rega y de la larga mano de la CIA. Pero, de todas las posibilidades, una sola se realizó. La de la organización armada que gritó enseguida: “Fuimos nosotros”. También podrían haber dicho: “Nosotros hicimos fuego contra el 62% del país”. Bravo, eso sí que es representar a las masas.

Colaboración especial:  
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO  
DOMINGO

El tiempo no,  
la sangre

IV Domingo 24 de enero de 2010